

## ***Cirilo Flórez Miguel (1940-2024), semblanza y recuerdo.***

Maximiliano Hernández Marcos  
Universidad de Salamanca – IEMYRhd

El 7 de junio de 2024 fallecía en Gijón a los 83 años de edad Cirilo Flórez Miguel. De origen vallisoletano, su nombre y su dedicación estuvieron asociados, durante cerca de 50 años, a la Universidad de Salamanca desde que en 1965 iniciara allí su carrera docente como profesor y la ejerciera de manera casi ininterrumpida hasta 2013, al concluir su última etapa en calidad de Profesor Emérito, tras haber ocupado en ella antes el puesto de Catedrático de Historia de la Filosofía desde 1980. Con su pérdida y la de su persona de trato afable y generoso, el otrora Estudio salmantino y el mundo universitario español han perdido también una manera de entender y de hacer universidad, de la que él fue ejemplo visible e indiscutido: la del compromiso personal con la institución.

En el caso de Cirilo Flórez la seriedad de su *ethos* profesional, de ese comprometerse del todo con su oficio académico se puso de manifiesto ciertamente en la asunción de modo responsable de diversos cargos de gestión en la Facultad de Filosofía cuando fue menester, pero sobre todo mediante su silencioso y prolongado “hacer comunidad universitaria” en el sentido pleno de la palabra y en sus múltiples formas, más acá de las reglamentarias: atendiendo, con entera disponibilidad diaria, a estudiantes de varias generaciones y orientándolos en sus trabajos académicos (tesis, tesinas, trabajos de máster...), o impulsando desde fuera de las aulas esa actividad intelectual espontánea que da vida humana al quehacer dentro de ellas (coloquios y seminarios internos, proyectos de investigación o de divulgación...); participando con asiduidad en los actos y foros de deliberación, decisión o representación de los distintos órganos universitarios; proyectando o transfiriendo a la sociedad su saber histórico y filosófico allí donde se le requiriese. En todas estas formas de crear universidad en su entorno próximo, Cirilo Flórez destacó siempre por su hacer callado y entusiasta, por su presencia de fondo y su asistencia oportuna, sin arrogancia ni exclusiones, sensible y sensato a la vez, con clara conciencia y voluntad de servicio, lo que le granjeó el aprecio y respeto de todos los miembros de la comunidad universitaria que le conocieron.

Este saber hacer y estar siempre en la antesala o en la trastienda de la vida académica tuvo, obviamente, su correspondiente reflejo en el escenario público de su desempeño docente e investigador. Cualquiera que haya asistido a sus clases en algún momento de su dilatada docencia podrá confirmar el espíritu didáctico y el sentido del oficio con los que ejerció, desde el primero al último día, la enseñanza universitaria, tal cual se traslucía en la pulcritud y claridad de sus célebres esquemas tanto como en el esmero en la preparación de todos los temas, siempre redactados y renovados en cada curso. Como muestra del buen docente, pero también de su manera de entender la tarea de enseñar Historia de la Filosofía como un trabajo de comunicación hermenéutica del pensamiento a través del diálogo con los textos clásicos han quedado los dos manuales publicados por Ediciones de la Universidad de Salamanca bajo su dirección, fruto de una labor colectiva: *La filosofía de los presocráticos a Kant* (1979) y *La filosofía contemporánea* (1980). Ellos dan testimonio además del ámbito específico en el que Cirilo Flórez tendió a centrar su docencia desde la obtención de su cátedra: la Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea. Su aportación más personal y destacable en este terreno fue, sin embargo, su apuesta docente por la Filosofía de la Historia, que él impartió hasta su jubilación en 2011 y logró que se mantuviese en los sucesivos planes de estudio de Filosofía en Salamanca hasta el presente.

El interés docente de Cirilo Flórez por la Filosofía de la Historia guarda, sin duda, relación con su interés investigador, que de manera predominante –aunque no exclusiva– se orientó hacia el análisis de la razón histórica y el papel del humanismo como formas de pensamiento destinadas en buena medida a poner límites al dominio y riesgos de la racionalidad científico-técnica desde la modernidad. En esta dirección se sitúan claramente su tratado *Génesis de la razón histórica* (1983), el monográfico *Habermas y la lógica de las ciencias sociales* (1980) y su lección de apertura de curso académico *Mundo técnico y humanismo* (1994), así como algunos de sus estudios históricos anteriores, que sondan el devenir decimonónico de la razón práctica ilustrada, cual es el caso de su celebrada tesis doctoral *Dialéctica, historia y progreso: introducción al estudio de Marx* (1968) o del recorrido trazado en *Kant, de la Ilustración al socialismo* (1976), además del libro que sintetiza los temas y problemas de ese siglo XVIII que fue de algún modo el eje motivador de sus investigaciones: *La filosofía en la Europa de la Ilustración* (1998). Esta línea de indagación centrada en la “otra” modernidad europea tuvo, por otro lado, su complemento indispensable en la atención dedicada desde la década de los ochenta a la tradición humanística española del Renacimiento, tomando como objeto principal el legado de autores y obras poco conocidas de la Universidad de Salamanca (Fernando de Roa, Pérez de Oliva o Pedro S. Ciruelo, entre otros), lo que se tradujo en una labor de difusión, mediante ediciones críticas de textos, en obras colectivas bajo su dirección como, por mencionar algunas, *El humanismo científico* (1988), *La ciencia del cielo* (1989) y *La ciencia de la tierra* (1990), o la que, obra exclusiva suya, goza quizás de más popularidad por reunir en pocas páginas un breve destello de ese saber enciclopédico o interdisciplinar típicamente renacentista al que aspiraba en el fondo, aunque

con toda humildad, Cirilo Flórez: *La fachada de la Universidad de Salamanca* (2001).

Fue ese mismo sano afán de curiosidad y de saber el que le llevó a ocuparse tanto de la mayoría de los clásicos modernos (Spinoza, Descartes, Kant, Hegel...) como de los filósofos coetáneos y vivos (Gadamer, Ricoeur, Foucault, Lyotard...), introduciéndolos en las aulas o dándolos a conocer en diversas publicaciones, y el que le movió también a practicar -y a enseñarla- esa deseable combinación crítica de una visión de amplias miras sobre los movimientos intelectuales de fondo en la historia con la atención cuidadosa al detalle de los textos y de sus creadores. En tiempos de especialización exacerbada y de dislocación fragmentaria de toda la experiencia, recordar a Cirilo Flórez, más allá del componente nostálgico y afectivo de su persona y figura, equivale por ello a recordar a la comunidad universitaria su compromiso histórico con el saber y el espíritu crítico que humanizan a la sociedad.